

Musicofilia

Francisco González Aguado *

*Psiquiatra.
Centro de Salud
Mental.
Alcalá de Henares.



Hace tiempo ya que la psicoterapia es considerada por algunos autores como un método narrativo, de hecho la corriente narrativa en psicoterapia lleva alguna década abriéndose paso dentro de este intrincado campo. En este modo de ver a la psicoterapia el paciente es alguien que se narra, con un estilo propio, unas emociones que suscita ese estilo y una función pragmática que toda narración lleva, que puede ejemplificarse en los vínculos que la persona establece, consigo mismo o con otros. La psicoterapia intentaría, a través del vínculo formado entre un experto en esas narraciones –el terapeuta– y el experto en su propia narración –el paciente–, modificar aspectos de su estilo, o las emociones que suscita o la función pragmática de su comunicación con la idea de que el paciente mejore los aspectos éticos y estéticos de su narración y secundariamente que pueda disminuir

el sufrimiento por el que puede atravesar en determinado capítulo de su vida. Esta manera de ver el trabajo clínico parecía restringido en el último siglo a algunas corrientes psicoterapéuticas desde Freud en adelante, y parecía que de algún modo el modelo médico imperante (desde la época anatomoclínica) se había ido alejando de sus capacidades narrativas (que sí fueron bien establecidas desde Galeno pasando por Paracelso hasta el siglo XIX). Es desde aquí que leer a Sacks reconforta mucho, al menos a los que intentamos practicar este tipo de medicina. Él denomina sus relatos como “neurorelatos”. En ningún momento deja de mirar a su realidad desde donde la mira (probablemente no se pueda hacer de otro modo) y es desde esta honradez desde donde parece que se presenta ante nosotros, como un niño que va a cumplir 80 años, apasionado con la química, la música, las plantas,

sobre todo los helechos, la neurología, que come todos los días de la semana lo mismo, y que ya en su infancia se trató de ordenar el caos en el que vivía a través de la Tabla Periódica, que mantiene en su casa encima de su propia cama.

Sacks se relata como alguien apasionado por sus pacientes, interesado, curioso, reflexivo y tenaz, con un motor potente para encontrar equilibrio, orden en el caos, en lo extraño y diferente. Tranquiliza mucho su honestidad en dejarnos ver que la mayor parte de las veces no lo encuentra y que lo interesante es la pasión y la búsqueda. Ya decía Jung que los pacientes nos infectan su psicopatología, también ocurre con los autores, escritores o músicos. En este caso la lectura de Sacks nos transmite sorpresa, interés, curiosidad por el mundo y la existencia que nos rodea. Nos empuja a ver vida donde hay muerte, caos o sufrimiento, infunde esperanza. A mí, me lleva a la época donde empezaba a estudiar medicina y todo me parecía interesante.

En sus libros, Sacks, además de los relatos clínicos de pacientes hace muchas referencias autobiográficas, en las cuales se examina y se relata como otro paciente más, con el mismo estilo. De hecho alguno de sus libros es esencialmente autobiográfico, como *Con una sola pierna* o *El tío Tungsteno*. En ellos relata una infancia en ocasiones brutal, en plena guerra mundial, sufriendo bombardeos, años en un internado dickensiano. Hijo de padres médicos, su madre traía a casa frascos con fetos muertos que examinaban juntos, y le llevaba a sus autopsias, la primera donde le permitió trabajar era la de una niña de la misma edad

que él entonces, 14 años. En ese mundo, como poco, extraño, creció Sacks, y gracias entre otras cosas a su portentosa inteligencia, le permitió construir obras de gran belleza con algo de basura. Ya entonces predominaba la curiosidad, la búsqueda de orden y en ese viaje no ha parado todavía. Aunque sus numerosas pasiones ya aparecen desde bien joven sus libros los edita desde los años 70, con *Migraña* (1997 en español), luego el famoso *Despertares* (2005 en español), la historia de varios pacientes internados por casos de encefalitis letárgica de los años 20 que “despertaron” con la L-Dopa, el famoso *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (2005 en español) que cuenta la historia de un músico que sufre agnosia visual. *Un antropólogo en Marte* (2001 en español) que relata entre otros la historia de Temple

Ya decía Yung que los pacientes nos infectan su patología, también ocurre con los autores, escritores o músicos



Grandin, una profesora con Síndrome de Asperger, que cuando le preguntaban cómo se encontraba entre las personas respondía con el título de la obra. Y muchos otros más cuya lista se haría interminable. Con sus relatos se han hecho películas, óperas y obras de teatro y es una referencia mundial como médico, divulgador y escritor de relatos.

En el año 2007 editó el libro que ahora nos ocupa: *Múscofilia*, cuentos de música y cerebro. El libro mantiene el mismo estilo y estructura que le han hecho famoso, y en esto tampoco se diferencia de la mayor parte de los artistas. El hilo de los capítulos lo llevan sus neurorelatos, historias de pacientes narradas con interés, a modo de cuento, con recursos emocionales, y poco clínicos en el sentido moderno de la palabra. Junto a la narración central del paciente, hecho más persona que enfermo, en el estilo de Sacks, se enhebran reflexiones del autor, experiencias autobiográficas y numerosas referencias bibliográficas que tratan de explicar la existencia de determinado fenómeno en el paciente a ojos de este apasionado neurólogo. Evidentemente las explicaciones y reflexiones relacionan la habilidad, destreza, carencia, síntoma, o trastorno con el cerebro y los procesos cerebrales apartando cuidadosamente otras posibles reflexiones del caso más psicológicas, sociales o familiares que son más ajenas al autor y que no forman parte de sus pasiones. La lectura de Sacks hace del viaje del lector una experiencia agradable, sorprendente, en ocasiones por paradójica, y siempre estimulante. Sus historiales clínicos son más narrativos que clínicos lo que permite no sólo una agradable lectura, si no, como dice

Millás, la identificación con los pacientes, puesto que al narrar esas existencias en parte también narra algo de las nuestras, y no es raro que nos veamos en las lecturas también como algo raros, diferentes, distintos o imperfectos, en ocasiones como antropólogos en Marte. A veces también nos fuerza a la identificación con el autor, y nos inculca la curiosidad, lo sorprendente de lo humano y lo sorprendente del cuerpo, en ocasiones tan alejado de nuestros pensamientos, sobre todo en el caso de psiquiatras o psicólogos, la admiración por la supervivencia, a veces en contextos tremendos, la posibilidad siempre de equilibrar la realidad y cierto optimismo que sin ser falso a veces también se percibe como parcial o irreal. Sacks es muy talentoso para encontrar oro entre el barro o vida en un derrumbe, se parece a los perros de los servicios de emergencia que son capaces de oler signos de vida entre toneladas de escombros. Esto probablemente haga que Sacks sea un buen divulgador y mejor narrador de estas realidades, y no dudo que es algo que todo médico necesita. De hecho la lectura de Sacks te devuelve algo de la ilusión y el optimismo que se necesita en las profesiones de ayuda, y sobre todo, en esta época tan crítica y desilusionante para todos. Pero también es cierto que otros autores también poseen un tremendo talento para la tristeza, el horror, el miedo o el pesimismo, cualidades que paradójicamente, y siguiendo la línea de Sacks, también dan belleza y realidad y que no aparecen en los libros de Sacks (Mahler, por ejemplo, era un compositor con gran talento para la tristeza, para el desencanto, y es uno de los compositores que a Sacks no le gustan).

La lectura de Sacks te devuelve algo de la ilusión que se necesita en los profesionales de ayuda

Es posible que sea de agradecer, y que Sacks desarrolle el talento que tiene. Por ello, el viaje en su barco es agradable, bello, bonito, sorprendente, no hay que esperar tormentas ni zozobras.

El libro se compone de 4 partes y 29 capítulos, todos centrados en uno o dos casos clínicos muy bien narrados. Hacen alusión todos ellos a la importancia de la música en nuestras vidas, desde antes de nacer, y en nuestras culturas desde antes de la aparición del lenguaje. Hay música en todas las sociedades y en todos los individuos, y sigue sin estar clara la utilidad de este lenguaje sin representación, que genera una paleta compleja y grande de sentimientos y que se mantiene desde la aparición del hombre. Sacks trata de mostrar que la

música como tal y cada uno de sus componentes tiene su propia representación cerebral, autónoma y que en muchos casos pervive a pesar de la muerte de centros neuronales aparentemente más importantes, como los de la memoria no solo episódica, la identidad, el lenguaje, la escritura, etc. A través de esta premisa hace una disección (la que ya empezó de niño) de historias, fenómenos, destrezas y habilidades infrecuentes, paradójicas, síntomas o terapias de personas centradas en la música o en cualquiera de sus componentes.

Así, por ejemplo, nos presenta a Tony Cicoria, un cirujano que mientras llamaba a su madre en una cabina telefónica en 1994 fue alcanzado por un rayo que le desplazó varios metros de la ca-



Electra ©Michele Grosera

bina y le quemó parte de la cara y el pie. Estuvo unos instantes en parada cardiorespiratoria y finalmente pudo recuperarse. Tras todo tipo de exploraciones parece que la quemadura del rayo no le había producido ninguna lesión reseñable. Él se sentía bien, si no fuera por cierto aletargamiento y fallos de memoria que no le impidieron reincorporarse a una vida normal a las pocas semanas. “Lo que sucedió a continuación, aun hoy, doce años después, llena de perplejidad a Cicoria. Aparentemente la vida había vuelto a la normalidad, cuando de repente sentí el insaciable deseo de escuchar música de piano”. Era algo que no le había ocurrido jamás, no tenía piano en casa. Cuando escuchaba música era algo de rock. Comenzó a comprar discos, sobre todo de piano. “Sentía el deseo de interpretarlas. Pedí todas las partituras... apenas podía leer la partitura, no sabía tocar pero comencé a aprender solo”. La música se convirtió en una obsesión en su cabeza y pronto comenzó a imaginársela, “llegaba del cielo, como decía Mozart, nunca se agota, en todo caso tengo que apagarla”. Cicoria siguió como cirujano pero su pasión por la interpretación y composición musical le siguió el resto de estos años. Sacks describe otros casos en los que se desarrolla esta musicofilia “pura”. El doctor Cicoria se explica este cambio en él de forma espiritual mientras que el propio Sacks le interpela comentando que más allá de todo lo espiritual algún cambio físico debe darse en su cerebro para que esto suceda, y es lo que se lanza a encontrar e investigar dando las convenientes y estudiadas hipótesis a lo largo del capítulo.

La música se convirtió en una obsesión en su cabeza y pronto comenzó a imaginársela



Miguel Covarrubias, 1936

En siguientes capítulos también nos encontramos con personas que son incapaces de escuchar la música como tal de forma congénita o adquirida (amusia), o que sufren problemas para percibir sólo el ritmo (disrritmia o arritmia) o las armonías de una pieza (disarmonía) pero oyen bien la melodía. Esto frente a personas que poseen oído absoluto (cualquier sonido puro que escuchen pueden reconocerlo y expresarlo en términos de notas o frecuencias, sin necesidad de escuchar otro sonido como referente seguro (el diapason en La, por ejemplo) que es como hacemos la mayoría de los músicos (oído relativo), o frente a la mayoría que no reconocen siquiera el intervalo. Así todo, la mayor parte de las personas tienen forzosamente “oído”. Reconocen sin saberlo canciones, voces, timbres, escuchan el

motor del coche y saben cuando les pide una u otra marcha o funciona defectuoso. La persona con menos oído del mundo es capaz de averiguar por inflexiones de la voz si alguien está triste, o le pasa algo, detrás de una línea de teléfono. Pero se podría decir que esto no es música, se trata del reconocimiento de sonidos, timbres e inflexiones en contextos lingüísticos u otros contextos no musicales. La música tiene su propia identidad, su propio contexto, orden, reglas y significados. Y esta capacidad exclusivamente humana es la que desde la neurología ha pasado un tanto desapercibida y en la que se centra Sacks en este libro. Cada capítulo es un ejemplo preciso que confirma la hipótesis. Los humanos tenemos grabado en nuestro cerebro melodías y canciones que perviven a pesar de que un problema neurológico haya arrasado nuestro cerebro. Habla de las canciones que no se nos van en horas o en días (gusanos musicales), o de melodías que se despiertan en nuestra conciencia décadas después de haber sido aprendidas tras escuchar un sonido, una palabra o la misma melodía. Del hecho incontrovertido de que aprendemos de forma más intensa y profunda series, tablas añadiendo ritmo y melodía, y que una vez que se aprenden así es muy difícil que se borren. De las personas que tienen alucinaciones musicales, de personas que cuando sufren ataques epilépticos escuchan música o personas que la música les desencadenan crisis y entonces tienen que evitarla. Habla de pacientes que tras un tumor, la extracción del mismo u otra enfermedad, además de secuelas en determinadas áreas, les aparecen habilidades musicales portentosas, o les desaparece la

emoción sólo para la música. Habla también de otro tipo de genios musicales, como Mozart u otros músicos, y también de los "savant", personas que padecen una gran discapacidad intelectual, que tienen autismo u otros trastornos (como el Síndrome de Williams) pero son capaces de tocar varios instrumentos, tener oído absoluto, repetir una obra al piano tras escucharla una vez, cantar arias de ópera en más de 30 idiomas (como Gloria Lenhoff). Habla de pacientes con afasia expresiva o motora que pueden rehabilitarse a través de canciones ya que no pueden hablar pero sí cantar. Y se les enseña a comunicarse cantando. O personas con demencia que no pueden orientarse, ni saben quiénes son ni reconocen a ningún familiar pero pueden tocar el piano o cantar e incluso aprender nuevas melodías. Y todo lo que esto se relaciona con tener un cerebro especializado y programado para la música. El tener un cerebro musical. Genéticamente preparado y arquitectónicamente diseñado para la música.

Sin duda una de las historias más emocionantes de libro es la de Clive Wearing, un músico y musicólogo inglés que a los 45 años sufre una encefalitis herpética que le afectó de forma devastadora a su memoria, que quedó en una memoria aproximada de unos 7 segundos. El diario que escribe en esos momentos es terrible. Una y otra vez hace entradas del tipo: 2 10 pm estoy otra vez perfectamente despierto... 2 14 estoy otra vez despierto.... 2 35 estoy por fin despierto. Pero cuando Clive se sienta al piano comienza otro contacto con el mundo, su emoción, su manera de tocar parecen intactas, toca obras enteras, o dirige a su

Los humanos tenemos grabado en nuestro cerebro melodías y canciones que perviven a pesar de que un problema neurológico haya arrasado nuestro cerebro

antiguo coro de forma magistral, si le preguntas qué ha hecho o qué ha tocado no lo sabe, sólo hay que ponerle delante y arrancarle para que él siga. En cuanto se acaba la pieza vuelve el Clive que como él mismo se veía en esos 7 segundos que estaba muerto.

Habla de enfermedades motoras de los músicos y su rehabilitación, de la Musicoterapia para pacientes con Parkinson, Alzheimer y otras demencias que permite "despertar" un momento a la persona.

En definitiva, Sacks en este libro vuelve a hacer un homenaje al cuerpo, a la vida, a la curiosidad. Y aquí haciendo un extenso homenaje a otra de sus pasiones: la música. Y como en el resto de libros también nos habla de la existencia, de lo frágil del vivir, lo diferente, lo extraño, de la fortaleza de la supervivencia, lo asombroso del ser humano, y de lo fascinante de la música. En definitiva también nos habla de nosotros mismos, y también le asombraríamos, lo que no dejo de agradecerle.



Coro Artesonado, Círculo de Bellas Artes, 13.04.2013